

# Fuentes literarias para la iconografía navideña del barroco español

Literary sources for Nativity iconography in the Spanish baroque

Valiñas López, Francisco Manuel \*

Fecha de terminación del trabajo: 7 de junio de 2002.

Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2002.

C.D.U.: 7.046

BIBLID [0210-962-X(2003); 34; 179-194]

## RESUMEN

Además de los tratados y literatura propiamente artística, la iconografía religiosa, y en concreto navideña, del barroco español se nutre de otras muchas fuentes, entre las que juegan un papel primordial las producidas en el campo de la ciencia mística; porque, precisamente en él, se venía experimentando el acercamiento barroco a lo real más de un siglo antes de que lo aceptara y transmitiera el arte. Este artículo es un paseo por esos textos, en busca de nueva luz para la comprensión de nuestra plástica barroca.

**Palabras clave:** Iconografía religiosa; Arte barroco; Fuentes; Mística; Literatura.

**Topónimos:** España.

**Período:** siglos 15, 16, 17, 18.

## ABSTRACT

The religious iconography of the baroque period in Spain, and especially that dealing with the Nativity, had its origins not only in literary works and treatises, but also in a wide range of sources, particularly those in the field of mysticism. It is precisely here that we can see how the philosophy underlying the baroque came ever closer to realism, a full century before this was accepted within the artistic tradition. The present paper offers an overview of these texts, in search of new information about our baroque plastic arts.

**Key words:** Baroque art; Literature; Mysticism; Religious iconography; Sources.

**Place names:** Spain.

**Period:** 15<sup>th</sup>, 16<sup>th</sup>, 17<sup>th</sup>, 18<sup>th</sup> centuries.

Visto el título del artículo, es casi seguro que sean los nombres de Pacheco e Interián de Ayala los que con más rapidez se nos vengan a la mente. Y es más que lógico, pues no en balde debemos a ellos los más esforzados, además de casi solitarios, intentos de codificación del extenso caudal de la iconografía cristiana, de acuerdo con las reglas de la romana ortodoxia, que se fraguaron en nuestro suelo. Dos escollos de igual fin y diversa naturaleza.

\* Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

El sevillano, hijo del celo postridentino, se afana en predicar una corrección que no siempre bebe de las fuentes más claras, pero que, a cambio, no deja dudas acerca de la ejemplaridad y reputación de las personas e historias referidas. Interián, que escribe casi un siglo después, hará una aportación mucho más docta y ordenada, también más indigesta, por el farrago de sus latines, y más árida, por faltarle aquel espíritu, casi de cruzada, que encendía el ánimo de Pacheco. De nada hay que admirarse, los tiempos han cambiado, y si el primero esgrimía la ortodoxia buscando atajar nacientes brotes de la temible herejía, el segundo, enfundando la misma espada en la vaina de la erudición de su siglo, verterá gran parte de sus empeños en descubrir y dar a conocer la verdad histórica y arqueológica de la historia sagrada, oponiendo mil melindres al uso, tan extendido, de anacronismos y tradiciones falsas que pudieran inducir a engaño.

Pero no es de ellos de quienes quiero ocuparme en el corto espacio de estos folios. Tanto uno como otro han llenado ya muchas páginas y, a buen seguro, mejores que las que yo, humildemente, les pudiera dedicar. La historia de la estética y la crítica de arte se han vuelto a menudo a ellos y los han convertido en referente indispensable, desde bastante tiempo atrás, para cualquier estudio de iconografía cristiana moderna. Y no es para menos: escritos con un siglo de por medio y en dos momentos clave de la historia cultural de occidente, alimentado uno por los frutos tardíos de Trento y el otro por los más tempranos de la Ilustración, resumen perfectamente las líneas maestras de aquel arte religioso, cuyos virajes no sólo se deben a la evolución estética, sino también a la mayor o menor rigidez de las directrices teológicas.

Sin embargo, la mera contemplación de las obras de arte de temática navideña, o religiosa en general, producidas aquí durante los siglos XVII y XVIII, nos descubrirá sin tardar, que no fueron ellos, ni tampoco los odres de los que bebieron, aquellos Molanos y Nadales, las únicas fuentes empleadas y, ni tan siquiera las más importantes. Hubo otros muchos textos que condicionaron las visiones artísticas y que son verdaderos compendios de su iconografía, obras que, a menudo, se nos escapan por no llevar el nombre de «tratados», pero que constituyeron, como las propias obras de arte, la verdadera leche espiritual mamada por aquellos creyentes, ya fuesen artistas, teólogos, nobles o artesanos. La literatura y la mística serán los campos en que florezcan estos ingenios: poemas y canciones, obras de teatro, novelas y, sobre todo, un extensísimo caudal de escritos devocionales, a los que más que nunca, ahora, cuando por fin se consolidan entre nosotros los estudios de iconografía, debemos volver la vista y estudiar atentamente. De éstos últimos me quiero ocupar con más detenimiento, pidiendo, para empezar, un poco de manga ancha en el uso de los términos, pues sabido es que continuamente agrupamos bajo la denominación común de «mística», obras que con más propiedad debieran llamarse teológicas o ascéticas, por estar a casi siempre tan borrosos sus linderos.

La *mística* persigue el conocimiento de Dios por medio de la fusión del alma con Él. Por eso no es una pura ciencia especulativa, porque necesita apoyarse tanto en la experiencia personal como en el amor, que será su principio fundamental: un amor venal, sin límites, respuesta ardiente del hombre, que se siente abrasado en el agradecimiento de los favores obtenidos por la Encarnación. La mística es la ciencia de la experiencia de Dios, de las maravillas obradas por Él en el alma humana, y por lo mismo, es ciencia de pocos; de

hecho, sus más altos vuelos, aquellos de San Juan de la Cruz, no pueden ser seguidos más que por algunos, tocados de cierta rara sensibilidad. La mística es la ciencia de la unión, la *ascética*, en cambio, es el camino; la vereda tortuosa que recorre el alma, bañada por la gracia, para desprenderse de los vicios y pasiones bajas. Tres son las vías que conducen a la meta y mil veces las hemos oído mentar: purgativa, iluminativa y unitiva, según la denominación más común; vías, medios, que no etapas, pues ni son sucesivas, ni son excluyentes. La mayor parte de las consecuciones de nuestra literatura devocional se pueden incluir en este segundo grupo, en parte por el impulso catequético que guía a sus autores y, en parte también, por la desconfianza que visiones y raptos inspiran, incluso a quienes son objeto de ellas. Por diversas que sean las formas: explanaciones evangélicas, catecismos, sermones, vidas de santos, poemas... toda esta ingente producción conduce a un único fin, a esa plena depuración del alma que haga posible su encuentro con Dios.

No hay parangón posible en toda la edad moderna para el fenómeno de la mística española. Las grandes escuelas mediterránea, con Santiago de la Voragine, San Bernardo, San Buenaventura, Hugo de Balma o Juan Gerson, y nórdica, con Santa Brígida, Santa Gertrudis, Tomás de Kempis o Ludoldo de Sajonia, brillaron especialmente durante el medioevo, tiempos en que España, que se dejaba nutrir por ellas, apenas producirá algo más que la *Vida de Cristo*, ya tardía, de Francesc de Eiximenis. La gran época de nuestra mística, la que llamamos *Edad de Oro*, estaba todavía por llegar.

El florecimiento de la mística española es producto de las especiales circunstancias en que abandonamos la edad media. Los años finales del siglo XV han visto caer el postrer reducto islámico de la Península y salir de sus fronteras las últimas minorías no convertidas. Aquella tolerancia medieval de la que tanto se ha hablado, había desaparecido sin remedio, acompañando estas tierras a los destinos y al pensamiento que, desde bastante atrás, imperaban en Europa. De hecho, no ha de chocarnos tanto la intransigencia, como el que no hubiera llegado mucho antes. Se sentaban así las bases de un estado moderno, asistido incluso, por un organismo de intolerancia burocratizada, la Inquisición. Al mismo tiempo, el descubrimiento de América abría nuevas metas en lo social y en lo religioso. Los hechos encendían la piedad de los fieles y ello era aprovechado por el Estado para promover un catolicismo de masas capaz de conducir a la unidad religiosa, en la que había de apoyarse su gobierno, a falta todavía de la perseguida unidad territorial.

Pero no todo era política, ni mucho menos. Los cambios se empezaron a producir bastante antes en el orden de lo puramente espiritual y el Estado no hizo sino tomar ocasión de ellos. La baja edad media, que no había dejado de madurar en su fe, consiguió apartarse de la religiosidad del terror, e implantar la del amor recíproco, de Dios a los hombres y de éstos a Dios: «Alabad al Señor, porque es bueno», exhortará continuamente San Francisco, haciendo suya esa frase, tan expresiva de la nueva religiosidad<sup>1</sup>. Las órdenes mendicantes implantan una suerte de monacato activo, de frailes pobres que viven entre las gentes consagrados a la predicación. Por todas partes surgen movimientos espirituales que pretenden una vivencia más auténtica de la pobreza evangélica y un conocimiento más íntimo y personal de Dios, algunos de los cuales serán decididamente combatidos por la Iglesia. La ciencia mística se consolida con propiedad, superando la homilética antigua y monacal y

apartándose de la compleja deducción escolástica, todo en favor de la difusión del sentir y la experiencia personal, a menudo integrada por visiones y revelaciones de lo Alto<sup>2</sup>.

Confundidas en España las brisas que soplaban de fuera con nuestras propias peculiaridades históricas, habremos de encontrarnos por fuerza, en los finales del siglo XV, con un momento de singular efervescencia piadosa. La reforma religiosa en España es un hecho consumado mucho antes de la reforma luterana<sup>3</sup>. Los aspectos a considerar son muchos. En primer lugar, la reforma de las ordenes religiosas y la fundación de otras nuevas. Hacia 1375, cuando nacen los monjes de San Jerónimo, se inicia el fenómeno de las *observancias*, que afectará a franciscanos, dominicos, agustinos, benedictinos y a los mismos jerónimos, además de numerosos grupos de curas y seglares, abiertamente apoyados por la corona. Su desprecio de la teología verbosista, antiintelectualismo, ascetismo de mortificación, práctica metódica de las virtudes y dedicación a la oración, alargando el tiempo del rezo vocal y la práctica sistemática del mental, las hicieron muy populares, terminando por triunfar sobre los claustrales, al asumir la jerarquía la reforma en 1494, por supuesto de la mano de Cisneros. Entonces comenzarán a corromperse sus postulados y será preciso tomar, de nuevo, medidas contra la relajación. Surgen así, para remediar aquella esclerosis, los movimientos de *descalzos* y *recoletos*. Otra vez, el mismo afán de recuperación del ideal primitivo, vivido estrictamente, bajo el signo de la más severa reforma. Pensemos aquí en los descalzos de Extremadura, que se predicaron herederos legítimos de San Francisco, o en Santa Teresa, cuando afirma que tanto ella como los que la siguen «pretenden servir a Dios con más perfección»<sup>4</sup>. A esas reformas hay que sumar la fundación de una nueva orden de absoluta finalidad apostólica: la Compañía de Jesús, cuyos estatutos aprueba Paulo III en 1540. Una congregación a la medida de los tiempos, una milicia al servicio de la fe amenazada, que calzará por armas una sólida base intelectual, una amplia ejercitación espiritual y la más perfecta obediencia al pontífice romano<sup>5</sup>.

En todo ello se ve con claridad la influencia de la *devotio moderna*<sup>6</sup>, que desde el principio se apartó de los planteamientos más intelectuales y metafísicos, cerrando las puertas al nominalismo, para defender, en cambio, un cristianismo centrado en la Escritura y el misterio de Cristo, codificado de un modo sencillo y accesible. Tomás de Kempis, con su célebre *Imitación*, es el más claro exponente de esta escuela que, nacida en los Países Bajos, venía a satisfacer una necesidad europea. A España llegó amparada por el fraile García de Cisneros, benedictino, autor en 1500 del *Exercitatorio de la vida espiritual*; y con él, la imprenta monserratense, que dio al castellano numerosas obras holandesas.

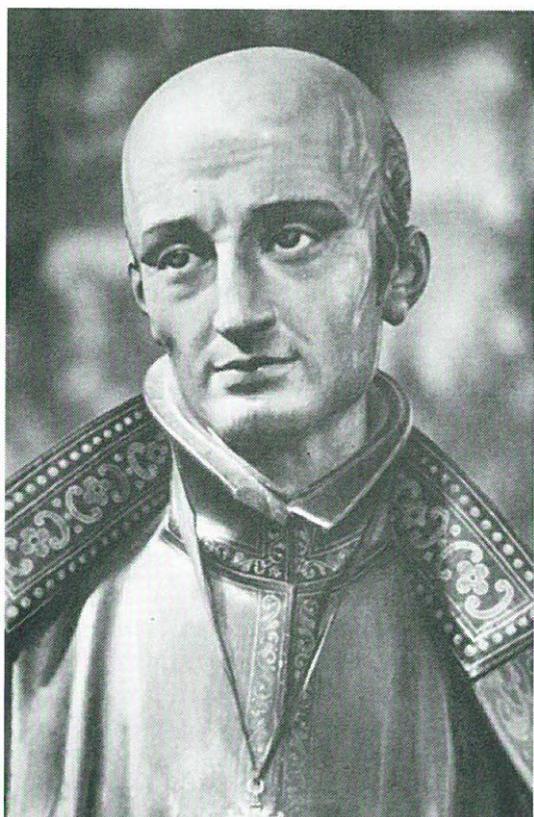
Importante es también considerar la presencia de *alumbrados*, *erasmistas* y *protestantes*. Los primeros, abogados de la fe por encima de las obras, propugnan una religiosidad liberada de ceremonias, cultos e imágenes y una libre lectura de la Biblia, ajena a la interpretación fijada por la teología; la suya es la doctrina del dejamiento, propensa a visiones y raptos, que anulan la razón y la voluntad. Con gozar de cierta vigencia, la verdad es que no vivirá más allá del primer tercio del siglo XVII. El erasmismo, por su parte, hablaba de cristianismo interior, de reforma del clero y reforma general de la Iglesia por iniciativa del emperador. No entró en España con mal tino, apoyado por Carlos V y los arzobispos de Toledo y Sevilla, éste último inquisidor general, pero a partir de 1535 cambiaron las tornas y, perdido el favor real, la Inquisición estrechó su censura, dispersán-

dose pronto los seguidores de estas ideas. Menos aún cuajaría el protestantismo, y ello a pesar de que medidas tan duras, como la prohibición a los españoles de estudiar en universidades extranjeras o el largo índice de libros sospechosos del inquisidor Valdés, ambas de 1559, pudieran hacer pensar lo contrario<sup>7</sup>.

Y cómo no recordar la gran figura del cardenal Cisneros y las reformas por él implantadas<sup>8</sup>. El nivel cultural del clero y la educación religiosa de las masas y los niños le preocupan profundamente, y ya vimos como se acogió a la reforma observante, intentando atajar el problema de la relajación conventual. Fruto de sus inquietudes es la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, embarcada en la gran empresa de la *Biblia Poliglota* que, respondiendo a las exigencias del humanismo cristiano, presentó en dos columnas el texto griego y la *Vulgata*. Las medidas que tomara pensando en la evangelización y la catequesis son sus méritos más cabales<sup>9</sup>, dando el gran espaldarazo a la predicación en los sínodos de Alcalá y Talavera, donde, bajo pena de multa, obliga a los párrocos de la diócesis a explicar el catecismo a los niños y el evangelio del domingo a los fieles. Ojo, que no se ordena la exposición de cuestiones sutiles, sino de lo más esencial de la doctrina, el Evangelio y el catecismo, cada domingo y de acuerdo a las necesidades de la llana feligresía que escucha.

Éste es el clima excepcional en que florece y fructifica nuestra gran ciencia mística, el suelo abonado que alimentará tres siglos de producción ininterrumpida de literatura devocional<sup>10</sup>, si bien es cierto que ninguno será tan rico ni tan brillante como el primero. El siglo XVI supone el triunfo más absoluto de una mística del amor que lejos de alienar al hombre, cree posible su unión con Dios, por cuanto Él también fue hombre y se dignó asumir tantas mezquindades extrañas a la divinidad. La persona de Jesús es el centro de esa producción, una literatura de base netamente cristológica. Y, junto a Él, el hombre que, redimido por su sacrificio, desea ansiosamente la unión. En esta búsqueda descubrirá que Dios está en todas partes, que su presencia se adivina incluso a través de los actos sencillos de cada día, de manera que los gestos que parecen más simples y cotidianos, podrán entrar a formar parte de las construcciones espirituales más altas, en una emocionantísima convivencia de lo divino con lo humano.

Lo que nos importa a nosotros es que todo el compuesto ideológico que inspira esos libros no difiere en lo esencial del que dará razón de ser a las obras de arte venideras, hasta el punto que hay que afirmar que muchas, o casi todas, fueron concebidas a la luz de dichos textos. Las reformas espirituales del siglo XVI, una vez superados los gustos intelectualistas del renacimiento y el manierismo, entrarán con fuerza en el arte cristiano del XVII, dejando ver sin ocasión de duda la misma pulsión didáctica que guiaba a Cisneros, la valoración de lo visual que caracteriza a San Ignacio, el apego a lo cotidiano que se descubre en Santa Teresa, las apócrifas «revelaciones» de las monjas visionarias o la obsesión ortodoxa de los padres Granada, Nadal, Suárez, Maldonado y tantos otros teólogos y comentaristas del Evangelio. El arte debía enseñar a todos las verdades fundamentales del catolicismo, perfiladas por Trento. Un concilio que llegó demasiado tarde, cuando el cisma ya era un hecho, y que hubo de limitarse a fijar el corpus doctrinal de la Iglesia. Ahora, a la teología y el arte, juntos de la mano, correspondía preocuparse de mantenerlo limpio y hacerlo llegar a todos.



1. *San Ignacio de Loyola*, según la visión de Gregorio Fernández. Valladolid, iglesia de San Miguel.

El arte del barroco baja a la tierra los más espinosos misterios de la fe. Los ángeles, los santos y el mismo Dios empiezan a ser representados bajo una óptica nueva, que parece atender antes a la verdad que a la belleza. Los personajes sagrados se convierten en seres familiares, rodeados de mil detalles anecdóticos que cautivan pronto los ánimos del espectador. Las historias devotas, de esta manera, parecen retales de la realidad de cada día, con su gracia y sus miserias. El esteticismo idealista renaciente había llegado muy lejos, convirtiendo buena parte de la producción artística en manjar exquisito de cultas minorías. Ahora que corrían tiempos difíciles para el cristianismo, era menester aparcar tantas sutilezas y volver a la claridad. Hacer que el hombre del momento se viera reflejado en las representaciones plásticas e hiciera suyos aquellos contenidos. Había que disfrazar el dogma con galas populares para que los indoctos pudieran con facilidad creerlo y amarlo. La imitación de Cristo, aquella que siglo y medio antes fuera propuesta por Tomás de Kempis, era tanto más llevadera si tanto más claros estaban los misterios de la fe. La mística fue consciente de ello mucho antes que el arte, y bastante antes de que el Concilio

clamara por la claridad y, precisamente por eso, hay que rastrear en ella el verdadero sentido y los recursos del cambio estético.

La urgencia de enseñar al pueblo creyente y ayudarle a discernir los límites de lo aceptable en materia de religión, tiene un hermoso exponente en la reforma de la catequesis. Ya vimos como Cisneros tomaba medidas para velar por su efectividad y en la misma línea están los esfuerzos de fray Hernando de Talavera con los musulmanes granadinos. En ellos y en otros muchos se descubre la necesidad de romancear el catecismo para convertirlo en un arma realmente útil. La materialización de la empresa correspondió a la sensibilidad de Bartolomé Carranza, teólogo famoso, apóstol de la Inglaterra de María Tudor, premiado por el rey con la sede toledana. Escribe para aclarar la verdad a los fieles, dado que estando en Flandes e Inglaterra vio como «andaban en español y en otras lenguas vulgares muchos libros hechos por industria de herejes, en los cuales con el título de doctrina cristiana, ponen sus errores»<sup>11</sup>. Su noble afán le costaría caro: diecisiete años de cárcel y la prohibición del libro, resultado de la cerrazón de Melchor Cano, Domingo de Cuevas y el

inquisidor Valdés, que sostenían que no todo se podía dar a la comprensión a los fieles. Su ortodoxia, sin embargo, está fuera de toda duda. Dentro de lo que nos interesa, diré que Carranza no describe más que dos momentos de la vida del Señor: el Nacimiento y la Pasión, por ser donde con más claridad se contempla la dimensión de su divinidad y se define dogmáticamente su persona. Después de demostrar la virginidad perpetua de María, por las circunstancias de su parto milagroso, abundará en apuntes descriptivos de la pobreza del lugar y los pañales, glosando ampliamente la adoración de los pastores, en la que no ahorra gráficos detalles realistas; todo para hacernos ver que «el pobre de los pobres, el humilde de los humildes, y el pastor a los pastores envió la primera (noticia) de su venida» y que «estos fueron los primeros predicadores que tuvo Jesucristo de su persona en el mundo. Hombres pastores, de cuya simplicidad no podía el mundo tomar sospecha alguna de vanidad o fingimiento [...] con sinceridad y llaneza contaban todo aquello que habían oído y visto. Halló el sermón de los pastores muchos buenos oyentes que con fe oían y recibían sus palabras, y creyéndoles iban a ver al Niño»<sup>12</sup>. El primado Carranza parece ir más allá de la mera explanación de la historia, parece manifestar las virtudes de una predicación asequible y sincera, que él mismo pone en práctica con su prosa limpia y llena de agradables pinceladas de sabor popular. Andado el tiempo, calmados los ánimos de aquel furor conciliar, se abrirán paso iniciativas semejantes; recordemos entre las más notables la del padre Nieremberg o la de Pedro Díez de Cossío<sup>13</sup>, escritas un siglo después.

Las plumas de la Compañía nos ofrecerán los ejemplos de más depurada ortodoxia, sirva como ilustración de su rectitud el que tuvieron prohibida la lectura de los libros de las Santas Brígida, Gertrudis y Matilde desde 1575<sup>14</sup>. Su obra fundamental serán los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio, el libro de devoción más editado de la historia. Un manualillo chico y descamado, pensado para uso de los directores espirituales, flexible hasta adaptarse a las posibilidades de todos los ejercitantes, de modo que «no se den a quien es rudo o de poca complisión cosas que no pueda descansadamente llevar, y aprovecharse con ellas»<sup>15</sup>.



2. *In nocte natalis domini*. Estampa de Martín de Vos y Jerónimo Wierx para las *Evangelicae Historiae Imagines* del padre Nadal.



3. *El anuncio a los pastores*. Ilustración para la edición de 1513 de la *Vita Christi* de sor Isabel de Villena.

La aportación ignaciana al arte de su tiempo hay que buscarla en lo que él llama *la composición viendo el lugar*, «ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar»<sup>16</sup>. Una operación, previa a cada ejercicio, con la que San Ignacio se muestra agudamente comprensivo con las capacidades y límites de la razón humana. La vista es el medio de conocimiento más atractivo y eficaz. Lo que no se ve siempre parece lejano y capta por poco tiempo nuestra atención. Las cosas se sienten dependiendo de cómo se vean física o mentalmente. Con el procedimiento de visualizar lo que se medita, de darle una entidad material, siquiera en la imaginación, se consigue que cada cual construya los escenarios sagrados a la medida de lo que conoce y acaso ama. La influencia de estas ideas está clara en el apego a lo concreto que se descubre en el arte barroco, en ese afán por situar las cosas santas en marcos temporales y espaciales cercanos al espectador, de modo que la vi-

sión de lo divino no se aparte demasiado de la que se tiene de lo humano, porque sólo esa familiaridad fructificará con fortuna. Al referirse al Nacimiento, el Santo nos invita a ver el duro camino de Belén, los animales, el establo, el Niño recién nacido; aún más, nos llama a «oír con el oído qué hablan», a «oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad», a «tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares donde las tales personas pisan y se asientan»<sup>17</sup>. No se puede ir más lejos.

El éxito de la oración mental ignaciana propiciará la continua aparición de comentarios y directorios para facilitar la práctica de los ejercicios. Casi todos brotaron en el seno de la Compañía, siendo los más célebres los del padre Luis de La Palma. Asimismo, aparecieron otros muchos ejercitatorios que glosan o emulan el de San Ignacio, algunos con gran aceptación. Es el caso de las archirreeditadas *Meditaciones* del padre Luis de la Puente y las también famosas de Tomás de Villacastán<sup>18</sup>. La diferencia con el libro del fundador es que éstos sí están destinados directamente al devoto y, por tanto, serán mucho más prolijos, al tener que aportar las explicaciones que en el otro caso impartiría el director espiritual. El resultado es una minuciosa descripción de los personajes y los lugares, una «composición viendo el lugar» ya hecha y no sólo dirigida, que ahonda en lo que, por su ternura o crudeza, más pueda atraer el interés del ejercitante.

También cultivaron los jesuitas el género hagiográfico, con obras como el *Flos Sanctorum* de Pedro de Rivadeneira, en verdad monumental. A él debemos una hermosa *Vida de*

*Cristo*<sup>19</sup>, cuajada de datos eruditos y citas de los santos padres, antiguos y medievales, aunque no por ello menos didáctica o accesible. Los asuntos en que más se detenga al explicar el Nacimiento serán la pobreza que rodea al hecho y las especiales circunstancias del parto. Todo para argumentar la supremacía del Señor sobre los reyes humanos, las ventajas de la modestia y el dogma de la perpetua virginidad de su Madre. El paisaje y las gentes se analizan cuidadosamente, así como la dureza del clima en los meses invernales en que aconteció el hecho. Me llama poderosamente la atención el que se describa el parto según la visión que de él tuvo Santa Brígida, a la que se cita abiertamente; quizá el autor aceptó ese relato como única manera posible de explicar la venida del Señor al mundo sin lesión corporal alguna en la Virgen. La Adoración de los pastores semeja un breve y delicadísimo poema pastoril. Con mayor brevedad ataja el tema de la Epifanía, glosando los problemas que desde antiguo han preocupado a la teología: cuántos eran los magos, de qué condición, de dónde vinieron, cuánto tardaron, qué trajeron y cuál era en verdad la naturaleza de la estrella, inclinándose por las explicaciones habituales de la patrística y la tradición<sup>20</sup>. Aunque no sea jesuita, sino agustino, permítaseme recordar aquí la célebre *biografía de Cristo* escrita por el padre Cristóbal de Fonseca. Libro espeso y erudito que gozó de singular aceptación, adivinándose su eco en los tratados de Pacheco e Interián<sup>21</sup>.

Otro campo importante es el de los *comentarios evangélicos*. Los mejores ejemplos también se deben a la Compañía. Estas obras demuestran una inspiración científica antes que devota, siendo escritos en latín y destinándose más a los teólogos que directamente a los fieles. Seguramente los más esforzados son los debidos a Francisco Suárez y Juan de Maldonado, ejemplos de una predicación cada vez más bíblica y objetiva, fruto del temor que despiertan los iluminados<sup>22</sup>. El tratado del padre Suárez es denso como pocos; distribuido en disputas, se ocupará del ciclo de la Navidad en la XIII y la XIV, consagrando la primera al parto y la segunda a la manifestación del Niño, insistiendo, sobre todo, en el episodio de los Magos. Su descripción del Nacimiento es la más amplia, argumentada y valiente de su época, concluyendo que éste tuvo lugar sin prodigio alguno, por impulso activo de la Madre, centrándose el milagro en preservar la virginidad y ahorrar dolores e inmundicias, que describe incluso con términos médicos. Su intención de desautorizar las narraciones visionarias está clara. Por su parte, Maldonado, que nos lega una obra inconclusa, procede de un modo menos unitario pero igualmente eficaz, apoyándose en la glosa del Evangelio frase a frase. Su explicación de lo navideño se concentrará, por tanto en los comentarios de San Mateo y San Lucas. Al llegar al Nacimiento, elude cualquier explicación del hecho, alegando tan sólo que si la Virgen «hubiera dado a luz con menoscabo físico de su cuerpo, ¿cómo hubiera podido tomar por sí misma al recién nacido y fajarlo con sus propias manos?»<sup>23</sup>. Tanto uno como otro interesan enormemente por las vivaces descripciones que ofrecen de personas y lugares, cuya influencia en el arte es innegable.

De capital importancia son también los del padre Jerónimo Nadal<sup>24</sup>, si bien más que por ellos mismos por la colección de estampas que los acompañaba, las famosas *Evangelicae Historiae Imagines*<sup>25</sup>, para las que prestaron sus talentos y buriles autores como Martín de Vos y Jerónimo Wierx. La agudeza jesuítica ofrece aquí una singular catequesis gráfica de previsible eficacia y ortodoxia casi enfadosa. Un repertorio útil para artistas y creyentes que ofrece la lista depurada de los elementos que, de acuerdo con la Escritura, deben



4. *La Santa Juana*. Ilustración de la biografía que le hiciera fray Antonio Daza, París, 1614.

aparecer en la representación de cada historia de la vida de Cristo. Su celo hermenéutico le lleva a diferenciar el momento del Nacimiento del de la Adoración de los pastores (3ª y 4ª estampa), por el que se había inclinado Trento para reflejar la Natividad, lo cual es muy interesante porque idéntica secuencia veremos aparecer en numerosas sillerías de coro barrocas: sirva de ejemplo la muy rica de San Martín Pinario, de Santiago de Compostela. Del mismo modo, excluirá a San José de la Adoración de los magos (7ª estampa), por no mencionarlo allí San Mateo, una estrechez a la que se oponen Pacheco y el grueso de nuestro arte barroco.

La literatura franciscana, fértil y variada como ninguna, alcanzará elevadísimas cotas místicas de la mano de Francisco de Osuna, con la originalidad de sus *Abecedarios espirituales* y el hondo sentimiento cristiano de la *Ley del amor santo*; Bernardino de Laredo, autor de la célebre *Subida del Monte Sión*, y tantos otros, como San Pedro de Alcántara, Melchor de Cetina, Alonso de Madrid, Juan de Cazalla, Antonio de Guevara, Diego de Estella, Juan de Madrigal, Nicolás Factor o Juan de los Ángeles. Exponentes de una ciencia del recogimien-

to, de una alta experiencia de lo divino, transmitida a todos con exquisita dulzura. No serán, con todo, las más ricas fuentes para el arte; esas habrá que buscarlas en la obra de monjas visionarias altamente influidas por los apócrifos y la escuela espiritual nórdica, autoras de tres narraciones noveladas de la historia evangélica. Abre la lista sor Isabel de Villena, hija de la más refinada nobleza de Aragón, abadesa de la Trinidad de Valencia, que publica a finales del siglo XV una de las más bellas *vidas de Cristo* escritas en España<sup>26</sup>. Abogando decididamente por la lengua romance, nos ofrecerá su grueso libro en valenciano. Sor Isabel no escribe verdades «reveladas» en visiones; ella es una mujer que siente el dogma hasta lo más hondo de su ser y lo enseña de acuerdo a convenciones todavía medievales, en las que pesan mucho los aires del norte y en especial los de la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia. No descarta el nacimiento natural del Niño, pero enriquece su visión con la presencia de coros angélicos que lo adoran apenas salido, blanco y puro, del seno materno. Entre ellos se reconocen las personas de San Gabriel y San Miguel, para exaltación de la virginidad de María y dotación de dimensión apocalíptica al hecho del nacimiento y, con



5. *La Virgen dicta a sor María de Ágreda la Mística Ciudad de Dios*. Ilustración decimonónica.

ellos, San Rafael, la medicina de Dios presente en el nacimiento de la del mundo. Su narración es de una cercanía insuperable, aunque curiosamente, la riqueza de sus argumentos no tuvo su reflejo en las xilografías que acompañaban al texto en sus primeras ediciones. Muy cercano en el tiempo al libro de la de Villena se encuentra el de Juana de la Cruz, la *Santa Juana*, encabezado por uno de los más bellos e ilustrativos títulos que se puedan imaginar: *El Conhorte*; colección de los sermones que predicara, vertidos al papel por sor María Evangelista, su amanuense<sup>27</sup>. Se trata de una colección de pláticas estructuradas cronológicamente según la línea evangélica, de la que resulta una narración novelada de la vida del Señor. Sermones de extraordinaria viveza, llenos de un colorido popular que cautiva desde el primer acercamiento, bien por la humanidad de los sentimientos y palabras de los personajes, como por la inmediatez de los espacios y el colorido de las fiestas celestiales con que, nos dice, celebran en lo Alto la gloria del Señor. Una empresa en la que pronto se descubren los afanes de Cisneros, que premió a la monja con el título de párroco de la feligresía de Cubas de la Sagra. La visión que ofrece del nacimiento debe no poco a Santa Brígida, aunque la supera con mucho por la introducción de visiones y prodigios de corte apocalíptico. Según ella, además, el Niño llega consciente y hablando, acompañado de toda la Corte Celestial.



6. Fray Luis de Granada, según el libro de *Verdaderos Retratos* de Francisco Pacheco.

Semejantes elementos retomará sor María de Jesús de Ágreda en su extensísima *vida mariana*<sup>28</sup>, escrita más de un siglo después. Obra muchas veces farragosa, por la pesadez de sus digresiones morales. Confidente de Felipe IV y priora de la casa concepcionista de Ágreda, que su propia madre fundara, sor María recoge en los varios miles de páginas de su libro, las revelaciones que sobre su propia vida le fue haciendo la Virgen María. Sorprende y encandila la minuciosidad con que describe los hechos, llegando a dedicar, por ejemplo, un capítulo entero a contarnos cómo eran los pañales y ropillas que la Virgen prepara para el Niño. El Nacimiento es un hecho milagroso en el que Jesús baja a la tierra en brazos de los Santos Miguel y Gabriel, extrañísima visión a la que no han sido ajenos nuestros artistas barrocos, como espero exponer pronto en mi tesis doctoral.

La orden de predicadores nos brindará al mejor literato de la escuela mística española: Fray Luis de Granada. Hombre incansable, de ingente producción devocional, que consagrará sus esfuerzos a la plena difusión de las verdades de la fe y que al igual que Carranza hubo de chocar con la intransigencia de Melchor Cano que afirmaba que

al dominico «le podía la Iglesia reprehender gravemente [...] en que pretendió hazer contemplativos e perfectos a todos, e enseñar al pueblo, lo que a pocos dél conviene»<sup>29</sup>. No se rindió el genio de fray Luis ante tales absurdos, legándonos algunas de las cimas más sabias e inmortales de la escuela. Sus reflexiones sobre el ciclo de Navidad habrá que buscarlas principalmente en dos de sus obras: la *Vida de Cristo* y los *Sermones de tiempo*<sup>30</sup>. Su prosa, ardiente, vivísima, no persigue tanto narrar o describir como emocionar, hacer que los sentimientos, el amor, la contrición, la fe, afloren hasta oprimir la razón, empujados por la visión del Niño, del pesebre, de la noche fría, de los Padres pobres, de los pastores humildes o de los sabios magos orientales. Sus escritos responden con mayor efectividad que ningún otro a ese afán por despertar la sensibilidad del fiel, que va a animar buena parte de la producción artística del barroco, pretendiendo unos y otra despertar una piedad sincera, nutrida de impulsos venales, aunque siempre nobles y conducentes a la perfección. Sus ejemplos brillan siempre por su sencillez, por su cercanía a la vida diaria de los fieles, a lo humano en sus aspectos más triviales, porque «el mismo Dios se dignó hacerse hombre

y conversar y vivir con ellos. Porque quando éste se baxó á lo ínfimo, elevó á lo sumo las cosas nuestras»<sup>31</sup>.

La aportación carmelitana más importante al tema que nos ocupa habrá que buscarla en lo mucho que la orden contribuyó a consolidar el culto a San José, cuya presencia es continua en toda nuestra iconografía barroca del ciclo de Navidad. Los prejuicios tradicionales hacia el Patriarca fueron decayendo a lo largo de la baja edad media, cuando los valores ascendentes del trabajo y la familia encontraron en él un sólido apoyo, al que contribuyeron también místicos como Ludolfo el Cartujano o Juan Gersón. La gran abogada del Carpintero en el siglo XVI será Santa Teresa de Jesús. Para entonces la figura del Santo ya estaba rehabilitada, siendo su mérito principal el de extender su devoción, bien poniendo bajo su patrocinio las casas que fundara por toda España, bien predicando por doquier sus virtudes, sin llegar a explicarse que haya quienes piensen «en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San Josef por lo bien que los ayudó en ellos»<sup>32</sup>. Su esfuerzo hallará un elocuente seguidor en fray Jerónimo Gracián, autor de la clásica *Josefina*<sup>33</sup>, amplio índice razonado de las virtudes y dones del Patriarca, en tanto que hombre santo, marido de la Virgen y padre terrenal de Cristo con autoridad efectiva sobre Él.

A todo esto, que no es más que un vistazo rápido sobre todos los textos que se podrían aducir, habrá que añadir otras muchas creaciones surgidas dentro del campo de lo propiamente literario, que no en balde la religión lo bañaba todo y novelas, comedias y poesías servían también de vehículo para la transmisión del mensaje devoto. Corpus importantísimo dentro de este apartado es el integrado por las coplas, rimas y villancicos que se componían cada año con motivo de las fiestas de Navidad. A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII nos encontramos con una ininterrumpida producción de esta suerte de composiciones, publicadas en forma de pliegos, cuyo éxito popular debía ser enorme. Las más de las veces sus autores son personajes hoy desconocidos y que seguramente tampoco entonces gozaron de especial predicamento. Clérigos y creyentes laicos, hijos del pueblo, que para el pueblo escriben, vertiendo en verso, sus pensamientos en fechas tan señaladas. A menudo los papeles aparecerán sin firma, y muchas veces sin aclarar nada sobre la fecha o el lugar de



7. Villancicos que se cantaron... Jerez de la Frontera, 1650. Madrid, Biblioteca Nacional.



8. Portada de los *Pastores de Belén* de Lope de Vega. Lérida, 1612.

publicación, aunque las características de la tipografía permitan una clasificación, siquiera cronológica. Adorable es la ingenuidad de los grabados con que muchas veces se acompañan. Inútil sería intentar citarlos, baste pensar en la enorme cantidad de los que conservamos en bibliotecas, archivos y colecciones particulares, para hacernos idea del volumen ingente de lo publicado. Necesario se hace su estudio y catálogo, al que ya se han lanzado algunos intrépidos, seducidos por el candor que rezuman<sup>34</sup>. Como historiadores del arte, debemos tenerlos muy presentes, pues el sabor popular que les da carácter no se aparta demasiado del de tantas obras de arte, a veces de primerísima fila y gran fortuna crítica, tales como aquellas adoraciones de Tristán, Zurbarán, Murillo, Francisco de Moure o Luisa Roldana.

Tampoco escasean las comedias. Algunas de grandes plumas, como *El mejor esposo*, de Guillén de Castro<sup>35</sup>, y otras muchas de autores de los que nada sabemos hoy, o incluso anónimas, pero tocadas todas de la misma pasión catequética y cercanía de lo popular<sup>36</sup>. Pero, sin duda, la obra más bella, mejor y más influyente, es la que nos dejó Lope de Vega en sus *Pastores de Belén*<sup>37</sup>. Una extensa novela que verá la luz en Lérida en 1612, dedicada por el poeta a su hijo

Carlos Felix. La historia comienza en el tiempo del Nacimiento, entre unos pastorcillos betlemitas que repasarán antes de nada la biografía mariana hasta llegar a aquellos momentos, a partir de los cuales serán testigos de las maravillas que Dios obre en su Hijo y en la familia terrenal que le concediera, hasta llegar a los días del viaje a Egipto. Todo el gracejo, toda la frescura del arte de Lope, son puestos en boca de aquellos zagales, que adoran al Niño con gran algarabía de letrillas y canciones, animadas por sus pobres instrumentos y alegres danzas, a la vez se debaten en sus propios devaneos amorosos y rústicos menesteres. La fusión de la historia sagrada con la descripción de lo real es perfecta, además de sumamente seductora. No hay gracia que se compare a la de aquellos pastorcicos lugareños, vestidos de humildes zaleas y cargados de las primicias de su redil, que improvisan redondillas para cantarlas al Recién Nacido, al son de sus panderetas, castañuelas, zambombas y caramillos. Y qué delicadeza la de aquellas letras salidas del corazón<sup>38</sup>.

No voy a extenderme más. Creo que estos ejemplos serán suficientes para hacer ver la importancia del papel que la mística y la literatura del Siglo de Oro jugaron en la iconografía religiosa del barroco español. Me he centrado en el ciclo de la Navidad por ser el que mejor conozco, pero creo que casi todo lo dicho puede hacerse extensivo a la representación de otros momentos de la historia evangélica, en especial al gran ciclo de la Pasión y, por qué no, a toda la historia sagrada. El arte del barroco, gobernado por la militancia y el celo católicos que siguieron al Concilio, quiso bajar a la tierra los dogmas de fe y hacerlos asequibles a todos los fieles, y esos mismos afanes guiaban los pasos de la ciencia mística desde al menos un siglo antes. El arte, para emprender su nuevo rumbo, no tenía más que beber de aquellos odres.

## NOTAS

1. San Francisco tomó la frase de *Salmos* 146,1; hace uso de ella, por ejemplo, en la *Exhortación a la alabanza de Dios*, 10.
2. Así las obras de Santa Brígida de Suecia, Santa Gertrudis la Magna, Santa Matilde de Magdeburgo o la beata Ángela de Foligno.
3. ANDRÉS MARTÍN, Melquiades. *Reforma española y reforma luterana*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1975.
4. SANTA TERESA DE JESÚS. *Fundaciones* 2, 4.
5. Principios expuestos en NADAL, Jerónimo. *Pláticas espirituales en Coimbra*. 1561/Granada: Facultad de Teología de la S.I., 1945
6. RAITZ, E. y FRENTZ, V. «En la patria de la devotio moderna». *Manresa* (Bilbao), 11 (1935), pp. 378-381.
7. Sobre estos aspectos recomiendo dos monografías clásicas: *Erasmus et l'Espagne*, de Marcel Bataillon, (París, 1937) y la monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo, reeditada en 1992 por el C.S.I.C.
8. GARCÍA MERCADAL, J. *Cisneros*. Zaragoza: Luz, 1939.
9. Véase CAÑIZARES LLOVERA, Antonio. *Santo Tomás de Villanueva. Testigo de la predicación española del siglo XVII*. Madrid: Instituto Superior de Pastoral, 1973.
10. Sintetizados en ANDRÉS MARTÍN, Melquiades. *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*. Madrid: BAC, 1994.
11. CARRANZA DE MIRANDA, Bartolomé. *Comentarios sobre el Catechismo christiano*. Amberes: 1558/Madrid: BAC, 1972, vol. 1, p. 49.
12. *Ibidem*, pp. 208-209.
13. NIEREMBERG, Juan Eusebio, S.I. *Práctica del Catechismo romano y Doctrina Christiana* [...]. Madrid: Diego de la Carrera, 1640; DIEZ DE COSSÍO, fray Pedro, O.P. *Catechismo, con el Rosario* [...]. Madrid: Imprenta Real, 1671.
14. ANDRÉS MARTÍN, Melquiades. *Historia* ..., p. 383.
15. IGNACIO DE LOYOLA. *Ejercicios espirituales*, § 18.
16. *Ibidem*, § 47.
17. *Ibid.*, § 110-114 y 122-125.
18. PUENTE, Luis de la. *Meditaciones de los Misterios de nuestra Santa Fe*; VILLACASTÍN, Tomás de. *Manual de meditaciones y ejercicios espirituales*. Valladolid: 1605 y 1612. He usado las ediciones de Madrid: Apostolado de la Prensa, 1947 y 1951 respectivamente.
19. RIBADENEIRA, Pedro de. *Vida y Misterios de Cristo*. Madrid: M. Tello, 1878; hizo también una deliciosa *Vida de la Virgen María*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1948.
20. Tratados similares son los de AGUADO, Francisco, S.I. *Misterios de la fe* [...]. Madrid: F. García de Arroyo, 1646; ANDRADE, Alonso, S.I. *Meditaciones diarias de los misterios de Nuestra Santa Fe y de*

la vida de Christo Nuestro Señor y de los Santos. Madrid: Andrés García, 1660; ORMAZA, José, S.I. *Grano del Evangelio en la Tierra Virgen de Christo*. Madrid: Imprenta Real, 1667; VILLEGAS, Alonso de. *Flos Sanctorum, y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo* [...]. Toledo: Viuda de Iuan Rodríguez, 1591.

21. FONSECA, Cristóbal de. *Vida de Cristo Señor nuestro*. Barcelona: Iayme Cendrat, 1597. Podríamos recordar también: VEGA, Pedro de la. *Flos Sanctorum*. Sevilla: Fernando Díaz, 1580; REBELLO, Juan. *Vida y Corona de Christo nuestro Salvador*. Lisboa: Francisco de Lyra, 1600.

22. SUÁREZ, Francisco, S.I. *Misterios de la vida de Cristo*. Alcalá, 1591/Madrid: BAC, 1948-1950 (2 vols.); MALDONADO, Juan de S.I. *Comentarios a los cuatro Evangelios*. Pont-à-Mousson, 1596/Madrid: BAC, 1950-1951 (2 vols.).

23. MALDONADO, Juan de. *Comentarios...*, vol. II, p. 374.

24. *Annotationes et meditationes in Evangelia quae in Sacrosancto missae sacrificio toto anno leguntur* [...]. He usado la edición de Amberes: Ioannen Moretum, 1607.

25. *Evangelicae Historiae Imagines. Ex ordine Evangeliorum, quae toto anno in Missae Sacrificio recitantur, in ordinem temporis vitae Christi digestae*. Amberes: s.n., 1596.

26. *Vita Christi*. Valencia: 1497/Valencia: Ayuntamiento, 1992 (2 vols.).

27. La primera edición de esta obra es la llevada a cabo por Inocente García Andrés en su tesis doctoral: *El Conhorte: sermones de una mujer, la Santa Juana (1481-1534)*. Madrid: Universidad Pontificia de Salamanca/Fundación Universitaria Española, 1999.

28. *Mística ciudad de Dios* [...]. Madrid: 1670. He usado la edición de las MM. Concepcionistas de Ágreda (Madrid, 1992).

29. Libro II de Audiencias del proceso a Carranza. He tomado la cita de MENÉNDEZ PELAYO. *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid: C.S.I.C, 1994, vol. 1, p. 560.

30. LUIS DE GRANADA, fray. *Vida de Jesucristo*. Salamanca: 1574/Madrid: Rialp, 1956; *Sermones de tiempo*. Traducción castellana y edición de Pedro Duarte. Madrid: P. Barco López, 1790 (vols. I-II). Otras obras dominicas de interés: BALTANÁS MEJÍA, Domingo. *Vita Christi en que se trata la historia de la encarnación con las profecias y sentencias de los sanctos Doctores cerca del sancto mysterio*. Sevilla: Martín de Montesdoca, 1554; CABRERA, Alonso. *Consideraciones en los Evangelios de Domingos de Adviento y festividades que en este tiempo caen hasta el Domingo de la Septuagésima*. Barcelona: Lucas Sánchez, 1609; MARTINEZ DE LLAMO, Juan. *Sermones para las Festividades de Cristo Nuestro Señor, y Rosario de Maria Santissima*. Madrid: A. García de la Iglesia, 1676; OJEA GALLEGO, Hernando. *La venida de Christo y su vida y milagros, en que se concuerdan los dos testamentos diuinos, Viejo y Nueuo*. Medina del Campo: Christoval Lasso Vaca, 1602; RAMÓN, Tomás. *Trenos o lamentaciones que hizo nuestra Señora viendo lo que padeció el niño Dios, desde que nació hasta que murió*. Sevilla: Luis Estupeñán, 1633.

31. LUIS DE GRANADA. *Sermones ...*, vol. I, p. 343.

32. SANTA TERESA DE JESÚS. *Vida* 6, 8. Sobre este tema véase mi trabajo en: *Symposium Internacional Alonso Cano y su época*. Granada: Universidad, Dpto. de Historia del Arte, 2002, p. 839.

33. GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, fray Jerónimo, O.C.D. *Josefina. Sumario de las excelencias de San José esposo de la Virgen María*. Valencia: 1597/ Madrid: Apostolado de la Prensa, 1944.

34. Así Germán Tejerizo Robles en su tesis doctoral inédita *Poesía navideña en la Granada barroca*, leída en la Universidad de Granada.

35. Recogida en GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás. *Teatro teológico español*. Madrid: BAC, 1946 (vol. II).

36. Hay una buena selección en MOLL, Jaime. *Dramas litúrgicos del siglo XVI: Navidad y Pascua*. Madrid: Taurus, 1968.

37. *Pastores de Belén, prosas y versos divinos*. Lérida: Luis Manescal, 1612. He usado la edición de Antonio Carreño, Barcelona: PPU, 1991.

38. Recordemos además su Comedia del *Nacimiento de Christo Nuestro Señor*. Valencia: Patricio Mey, 1613, donde dramatiza, muy recortada, la historia de los Pastores de Belén. También su panegírico josefino *Alabanzas al patriarca San José esposo de la Madre de Dios*. Madrid: María de Quiñones, 1656, que contiene un hermoso romance dedicado a la Natividad.